

Matthew Kerry, *Un pueblo revolucionado: El octubre de 1934 y la Segunda República en Asturias*, Granada, Editorial Comares, 2024, 228 pp., ISBN 978-84-1369-839-7.

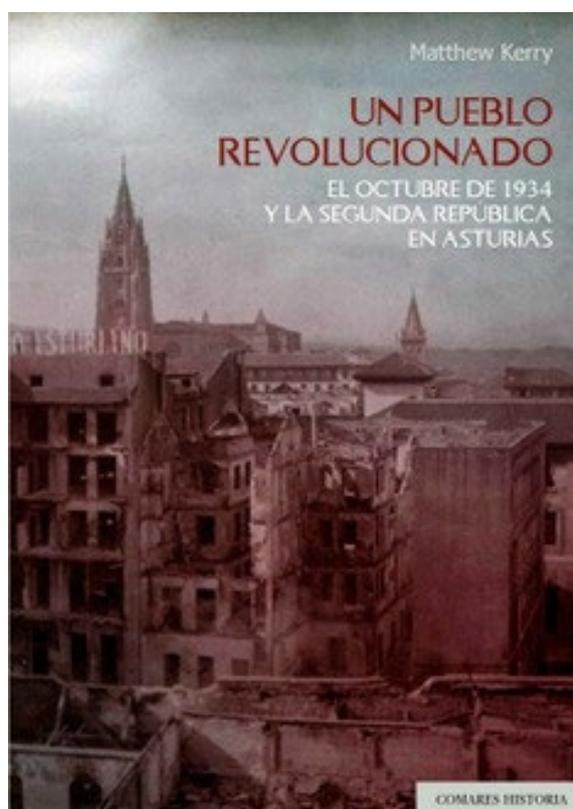
Gabriel Rabelo de Oliveira
Universitat Autònoma de Barcelona

Una nueva mirada al servicio de la renovación historiográfica: Matthew Kerry y la Revolución de Octubre de 1934 en Asturias.

En 2013, Josep Fontana advertía que la Revolución de 1934 había cobrado una relevancia renovada, debido a que historiadores revisionistas estaban recuperando el discurso franquista sobre los sucesos de aquel otoño, especialmente en Asturias. Más de un decenio después, coincidiendo con el 90 aniversario de las insurrecciones, está claro que Fontana no se ha equivocado.

No obstante, mientras los mitos que vinculan Octubre de 1934 con una justificación política y moral para el inicio de la Guerra Civil se difundían, nuevas generaciones de historiadores han ofrecido una respuesta a la altura. Estas aportaciones han impulsado una renovación historiográfica significativa, enriqueciendo el conocimiento sobre los sucesos de Octubre y ampliando los enfoques interpretativos, temáticos y geográficos. En este contexto, *Un pueblo revolucionado: El octubre de 1934 y la Segunda República en Asturias*, resultado de la tesis doctoral del historiador británico Matthew Kerry y publicada inicialmente en inglés en 2020, se erige como un punto de inflexión en la referida renovación historiográfica.

Con una notable capacidad de síntesis —de hecho, el libro suma poco más de 200 páginas—, Kerry toca de lleno los problemas que se encuentran en el nudo central de la interpretación historiográfica sobre la Insurrección de Asturias. Comenzando por la problemática definición del acontecimiento, descrito en ocasiones como “revolución”, “revolución defensiva” o “insurrección”, el autor ofrece una interpretación propia,



presentando la insurrección de Asturias como una revuelta poliédrica: un proceso dinámico de desarrollo y disputas que adquirió significados diversos para sus protagonistas.

Para abordar esta perspectiva Kerry introduce un enfoque metodológico y temático innovador, que se convierte en un elemento clave de su contribución historiográfica. En primer lugar, destaca su énfasis en analizar la radicalización como un “proceso”. Los procesos, entendidos aquí como complejos, contradictorios y dilatados en el tiempo, superan una visión de la insurrección como un hecho aislado o excepcional. No es casual que se haya convertido en un lugar común referirse a la insurrección de Octubre como “los hechos de Octubre”. En segundo lugar, está su decisión de descentrarse de la tradicional perspectiva partidario-sindical para poner el foco en los espacios de sociabilidad que componían la geografía de la cuenca minera de Asturias, definida como “pueblo”.

Esta doble dimensión ha sido capital para superar las interpretaciones tradicionales reducidas al protagonismo de partidos y organizaciones o las explicaciones monocausales, incapaces de conectar las dinámicas locales, estatales e internacionales. En definitiva, el autor propone que las acciones del movimiento obrero estuvieron moldeadas por relaciones sociales y experiencias políticas en el ámbito local, pero fueron imaginadas en un marco estatal e internacional más amplio.

Kerry se apoya en una sólida base documental compuesta por archivos locales, provinciales y estatales, complementada con el uso de una bibliografía cualificada. En plena consonancia con su propuesta metodológica, examina archivos que abarcan todo el espectro ideológico, incluyendo aquellos frecuentemente relegados, como las fuerzas conservadoras locales y los movimientos anarquistas, además de los más estudiados, como el movimiento socialista. Esta elección constituye un mérito destacable, ya que permite al autor identificar cómo las distintas fuerzas políticas percibían e interpretaban la conflictividad social. Aunque el análisis de las dinámicas internas de las fuerzas conservadoras en Asturias es menos detallado en comparación con el tratamiento de la izquierda, estos elementos sirven para arrojar luz sobre su papel en el conflicto.

Para explicar el proceso de radicalización, Kerry enfrenta tópicos persistentes en la historiografía: la reducción de la radicalización socialista a la figura de Largo Caballero y la visión clásica que la presenta como una simple reacción a la intransigencia patronal y derechista ante las reformas republicanas. Su análisis comprende una formulación original sobre el proceso de la radicalización, definido como un “estilo de política combativa” moldeado por el contexto histórico de los años treinta y las dinámicas locales e internacionales.

En este contexto, resulta fundamental distinguir entre los planes socialistas diseñados desde Madrid y los significados e impulsos que guiaron a los participantes de base. La existencia de una previa hegemonía de las izquierdas, con una presencia minoritaria de la derecha, es un elemento crucial. Esta hegemonía no era simplemente un dominio político, sino un complejo entramado de relaciones sociales, económicas y culturales que

permitieron a las organizaciones obreras consolidar un control significativo sobre las comunidades locales. Según plantea Kerry, este proceso tuvo tres claves fundamentales: la represión estatal, la lucha anticlerical y el surgimiento del fascismo en 1933.

La dinámica de la lucha anticlerical tiene un peso relevante, pues se encuentra en la raíz de los conflictos y rivalidades en las cuencas mineras de Asturias. En la región, la división laico-religiosa coincidía casi directamente con la división política entre izquierda y derecha, tan fundamental al punto de ser un elemento de identidad y disputa entre las diferentes fuerzas de izquierda. Denuncias cruzadas por supuestas prácticas religiosas de liderazgo sindical han sido un componente permanente de las disputas ideológicas.

Las medidas de secularización promovidas por la República intensificaron los conflictos donde se multiplicaron las acciones radicales como ataques a propiedades e instituciones religiosas, mientras que la resistencia católica reforzó las divisiones en las comunidades. Este antagonismo no solo profundizó la lucha por el poder en el ámbito local, sino que también consolidó la percepción de exclusión de los sectores conservadores, contribuyendo al proceso de radicalización y a la construcción de una hegemonía de izquierda en la región.

Kerry argumenta que estas dinámicas locales fueron esenciales para entender la disposición de los mineros a tomar las armas en defensa de su comunidad y de su “pueblo”. En este contexto, la percepción de amenaza por parte del fascismo y la represión estatal entre 1933 y 1934 intensificaron la identificación colectiva de las cuencas con los valores revolucionarios y el rechazo al poder estatal central.

Estos factores fueron percibidos por la mayoría del movimiento obrero como una amenaza existencial. No solo se trataba de la pérdida de derechos o el aumento del desempleo con la crisis del carbón, sino también de la erosión de la hegemonía de la izquierda en las cuencas mineras y, con ello, del propio concepto de “pueblo” en su sentido colectivo y político.

La radicalización no significaba, sin embargo, una negación de la experiencia republicana. Mientras que el primer bienio se centró en concretar los derechos republicanos, el bienio negro, junto con el avance del fascismo y la represión desde 1933, fracturó la relación entre la sociedad local y el Estado, impulsando una lucha por recuperar la hegemonía perdida. Una lógica de conservación de la República se evidenciaba, por ejemplo, en el hecho de que los insurrectos no destruyeron las instituciones oficiales locales, sino que asumieron su dirección política, llegando incluso a utilizar los sellos municipales en sus actividades.

No obstante, la mitificación de Octubre no ha sido exclusiva del relato franquista. Los usos de la propaganda, tanto antes como durante la Guerra Civil y en sus postrimerías, han marcado la historiografía del tema. Uno de estos tópicos se relaciona con la

formación de la unidad obrera y el papel central de las Alianzas Obreras en la conquista de la unidad del movimiento obrero, así como en el desarrollo de la insurrección.

Al analizar los espacios de sociabilidad en las cuencas, Kerry observa que, a diferencia de los casos alemán o austríaco, la distribución territorial no correspondía a fronteras ideológicas definidas. En las cuencas mineras predominaban pequeñas comunidades donde los rivales ideológicos convivían tanto en los pueblos como en los lugares de trabajo. Estas interacciones no solo condicionaron las disputas y actitudes sectarias, sino que también facilitaron la creación de una cultura unitaria que trascendía y antecedió el marco formal de las Alianzas Obreras. Además, una serie de iniciativas, como el Comité Pro-Frente Único de Langreo, el Comité Pro-Unidad de los Trabajadores de 1933 o el Comité Contra la Guerra y el Fascismo, lograron generar una amplia movilización transversal entre las diferentes organizaciones obreras, creando una dinámica unitaria en las cuencas. El propio Partido Comunista de España había tomado parte activa en iniciativas unitarias previas, lo que cuestiona el tópico que reduce la superación de su sectarismo a su integración en las Alianzas Obreras en septiembre de 1934.

Otro mérito del autor es destacar la participación política de las mujeres en las cuencas, un tema prácticamente ausente en la bibliografía previa. La experiencia de la Liga de los Inquilinos y el activismo en torno al alquiler pusieron de manifiesto el papel central de las mujeres, quienes constituían la mayoría de las asistentes a las reuniones, aunque los oradores solían ser hombres. Esto, como destaca Kerry, refleja el predominio masculino en los puestos de poder de la política local. Este tipo de movilizaciones en las cuencas, donde predominaba la hegemonía socialista, representaba un modelo de lucha que buscaba apoyarse en las reformas y derechos proporcionados por la República, reforzando su carácter reivindicativo dentro del marco republicano.

El papel de la violencia política también es clave en la interpretación de Kerry. Por un lado, la fusión entre la lucha por restaurar la hegemonía perdida y la violencia revolucionaria creó un sujeto colectivo: un pueblo revolucionado. Las propias exigencias de la insurrección implicaron una movilización total de la sociedad local para la creación de una retaguardia para la insurrección, no exenta de contradicciones. Si bien hubo una fuerte participación femenina en la retaguardia y el frente, casos como el de Dolores Vázquez, una joven de dieciocho años que se vestía de hombre para combatir al frente de los insurrectos, evidenciaban que los frentes continuaron siendo una labor predominantemente masculina.

Al mismo tiempo, la furia revolucionaria se dirigió principalmente contra la Iglesia, siendo el clero la principal víctima. Esta dinámica, por otro lado, fortaleció la percepción de los sectores conservadores de un peligro existencial para la Iglesia. En este contexto, la insurrección de Octubre se interpreta como un proceso en el que los revolucionarios no solo buscaron reafirmar la hegemonía de la izquierda, sino también profundizar las transformaciones sociales en curso y construir un nuevo orden social. No obstante, no

cabe establecer una falsa simetría entre la violencia revolucionaria y la represiva. Mientras que las muertes causadas por la violencia revolucionaria ascendieron a unas 150, las de la represión oscilaron entre 1.200 y 1.500, además de decenas de miles de encarcelados, mostrando un contraste significativo.

La represión a la insurrección, incluyendo el traslado de las tropas coloniales a Asturias, implicó la introducción en el norte de España de las técnicas de la Guerra Colonial, con prácticas como saqueos, quema de residencias, torturas y violaciones. Pero también supuso un desplazamiento de la frontera simbólica y la adopción de un discurso nacionalista por parte de las fuerzas de la derecha, anticipando en gran medida las dinámicas de la Guerra Civil. La represión en Asturias, descrita como una “guerra de frontera”, marcó una delimitación particular de la idea de nación, concebida desde una identidad excluyente. En este relato, la Asturias insurrecta se presentaba como un territorio “no nacional”, supuestamente controlado por intereses extranjeros, mientras que la Asturias de 1935, bajo control militar, se mitificaba como una especie de “reconquista”. Este discurso exaltaba la presencia militar y reducía la política a una simple noción de orden. Mientras la Asturias ocupada se erigía como símbolo de una nación idealizada, los insurrectos y sus bases sociales eran representados, por antonomasia, como antiasturianos y antinacionales.

Para la derecha antirrepublicana, quedaba claro que su proyecto de destrucción de la República desde dentro enfrentaría una resistencia significativa. Así, la dinámica represiva de 1935 fue asumida como un intento de reconducir la República, excluyendo a los socialistas y las fuerzas de izquierda mediante la prohibición de sindicatos, partidos políticos y la censura de la prensa. Estas medidas transformaron Asturias en un microcosmos que prefiguraba las prácticas represivas del bando sublevado durante la Guerra Civil. La represión posterior, junto con la ocupación militar prolongada hasta enero de 1936, remodeló profundamente la comunidad local. Asturias se convirtió en un laboratorio para las tácticas represivas franquistas, trasladándose allí métodos de guerra colonial, como saqueos y torturas, que anticiparon muchas de las prácticas que el bando sublevado emplearía a partir de 1936.

En conclusión, a pesar de anticipar muchas dinámicas que se desarrollarían posteriormente, la insurrección no marcó el inicio de la Guerra Civil, como sostiene la historiografía revisionista. Lo evidencia el hecho de que entre 1934 y 1936 la República pudo mantener el gobierno, la ley constitucional e incluso realizar elecciones, que llevaron a una transición pacífica hacia un gobierno de izquierda en febrero de 1936. Pese a esto, Kerry destaca que la insurrección desempeñó un papel crucial en el cisma político de la sociedad española en 1936, un elemento indispensable para comprender la dinámica que asumió el posterior conflicto.

Sin lugar a duda, la obra de Kerry se ha vuelto una referencia imprescindible, que la sitúa en la continuidad de la mejor historiografía del tema, representada por David

Cruz, Adrian Shubert, Paco Ignacio Taibo, Sandra Souto Kustrín, y las más recientes contribuciones de Gil de Vico y Manel Lopez Esteve. Su reciente edición en castellano, actualizada y excelentemente traducida por Vicente Manuel Jaén Águila para la editorial Comares, no solo amplía su alcance a nuevos públicos, sino que refuerza el debate historiográfico y profundiza en el proceso de renovación sobre este crucial episodio de la historia contemporánea española. Si bien la insurrección de Octubre ha sido utilizada como cuna del relato del franquismo como señaló Fontana, afortunadamente también sigue siendo un terreno fértil para algunas de las investigaciones más innovadoras y la excelencia historiográfica.